

***TOLLE, LEGE.***  
**REFLEXIONES TEOLÓGICAS**  
**SOBRE LA LECTURA**

1

Lección inaugural del  
Curso Académico 2024-2025

Dr. FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ

Salamanca 2024



Universidad Pontificia  
de Salamanca

*Reflexionar sobre la cultura de la lectura resulta imperioso en un momento en el que la especie pierde facultades que son asumidas por las máquinas<sup>1</sup>*

*No hace falta quemar los libros si el mundo empieza a llenarse de gente que no lee, que no aprende, que no sabe<sup>2</sup>*

*La tradición cristiana ha sido pensada, desde el comienzo, como una práctica de lectura. Una lectura infinita<sup>3</sup>*

---

<sup>1</sup> J. Villoro. *No soy un robot: La lectura y la sociedad digital* (Anagrama, 2024), 9.

<sup>2</sup> Ray Bradbury, *Fahrenheit 451* (1953).

<sup>3</sup> J. Tolentino Mendonça, *La lettura infinita: La Bibbia e la sua interpretazione* (San Paolo, 2017), 13.

## El hombre, el libro, Dios

### *Leer el mundo*

Quisiéramos comenzar comentando una pequeña estrofa de un poema de Basilio Sánchez.

*Un pastor está inmóvil  
bajo la sombra blanca de una acacia  
el alma del rebaño no cabe en el paisaje<sup>4</sup>.*

Un pastor en medio de su trabajo contempla su actividad. Suficientemente cercano a la densidad concreta de la vida y suficientemente distanciado para reconocerla en su acontecer. Suspendido en el silencio de una quietud que no le aparta de su faena, pero que posibilita que esta sea suya propia. *Inmóvil*, siendo él mismo en todo momento porque lo interior y lo exterior se funden en su presencia consciente al mundo y a su actividad en él.

Ninguna sombra impide percibir la verdad de lo que sucede al pastor recogido bajo *una acacia*, envuelto por una extraña claridad, una *sombra blanca* que abre los ojos a la contemplación de lo que sucede.

Y es ahí donde se da un momento epifánico: *el alma del rebaño no cabe en el paisaje*, la realidad no cabe dentro de sí misma. El mundo no cabe en sí. Todo está habitado por un exceso de ser irreductible al espacio donde se da, irreductible a la mirada que lo contempla y lo define. Todo está habitado por un misterio inefable que se deja notar. Y entonces, en el silencio, la realidad pregunta al hombre y el hombre pregunta a la realidad, y este diálogo originario va a acompañar la vida en su más profundo centro.

Somos pastores del mundo, de la realidad, “pastores del ser”, decía Heidegger. Nos encontramos en medio de la realidad con el encargo de llevarla a un lugar donde pueda decirse en su expresión más plena, sin conocer, por otra parte, este lugar hacia el que nos dirigimos con ella. Y al hacerlo nos hacemos pastores de nosotros mismos, pastores trashumantes que buscan su identidad más propia, sin poder reducir el mundo, ni siquiera el que tenemos entre manos, a nosotros mismos, a sí mismo. Desde la

---

<sup>4</sup> B. Sánchez, *El baile de los pájaros* (Pre-Textos, 2023), 89.

técnica más antigua hasta la más moderna tecnología quieren hacerse cargo de la realidad y ordenarla, y quizá ahora sus avances produzcan en nosotros la sensación de que el alma de lo humano puede caber en el paisaje. Pero, ¿no estamos en la misma situación primigenia que el antiguo pastor ante su rebaño?

La realidad es un misterio y una herida, desborda su ser no solo en posibilidades, sino en profundidad; y, a la vez, siempre está herida de muerte, herida por una nada invisible y cierta. El paisaje del mundo es así siempre una pregunta, una pro-vocación y, por eso, se convierte habitualmente en un diálogo interior y en una indagación exterior que intenta comprender para vivir a la altura de ser que se le ha revelado al hombre como propia.

### *La escritura del mundo, la humanidad común y las bibliotecas*

El hombre vive leyendo de continuo el mundo y escribiendo su aprendizaje en una memoria hecha de experiencias y experimentos que se transmite de generación en generación y que va configurando una sabiduría habitada no solo por el conocimiento, sino igualmente por un no-saber constitutivo, por preguntas nunca resueltas del todo.

Esta memoria se ha convertido en papel, *el infinito en un junco* (Irene Vallejo), en papiro, en libro, y esto ha hecho que la mirada asombrada, indagadora y narrativa del hombre ya no esté vinculada solo a los más cercanos y a la trasmisión oral, sino que adquiera un espacio común donde el hombre supera la limitación del tiempo, del espacio y de la propia tribu en la búsqueda de sí mismo y del significado del mundo. Nace con el libro la humanidad global que supera, sin anularlo, al ser humano culturalmente definido<sup>5</sup>.

Y en las páginas escritas, donde está inscrito lo sabido y lo no sabido, se dice la historia del mundo, y su hondura, y su desproporción, y sus preguntas, y sus repuestas siempre demasiado limitadas, siempre fragmentarias. El mundo queda codificado no solo en lo que es, sino en lo que va siendo, en lo que pudiera ser y en lo que nunca podrá ser. Y en él, la humanidad del hombre va siendo aprehendida no solo en lo que es, sino igualmente en lo que pudiera ser, en lo que busca ser y en la tristeza de lo

---

<sup>5</sup> Restringiendo esta idea a la literatura, Vargas Llosa comenta que esta, “a diferencia de la ciencia y la técnica, es, ha sido y seguirá siendo, mientras exista, uno de esos denominadores comunes de la experiencia humana, gracias al cual los seres vivientes se reconocen y dialogan,” *La verdad de las mentiras* (DEBOLSILLO, 2015), 406.

que en apariencia ya nunca será, en una historia en espiral que *no cabe en el paisaje*. Vivimos el mundo y al participar en él lo vamos escribiendo dentro y fuera de nosotros mismos, porque, como decía Proust en *El tiempo recobrado*, “la verdadera vida, la vida por fin descubierta y dilucidada, la única vida en consecuencia realmente vivida, es la literatura”, que aquí podríamos traducir como el verdadero mundo es el mundo escrito, es decir, interpretado y hecho nuestro, pues este es el que ha sido realmente vivido, escrito en la carne y el papel<sup>6</sup>.

Por eso las bibliotecas son tan importantes, porque la memoria humana no está circunscrita al cuerpo biológico, demasiado pequeño para contener la vida del ser humano. Este ha creado un disco externo, dirían los informáticos, sin el cual el hombre empequeñece pues él ya no es solo él mismo, sino la historia de los suyos y de los otros, la historia de la humanidad común<sup>7</sup>. Y es que la sabiduría humana no se construye simplemente a partir de la propia experiencia individual o de grupo, sino de la mano del encuentro con el libro<sup>8</sup>.

Por eso no hay humanidad sin bibliotecas, las primeras reunidas en la sabiduría de los ancianos, en los mitos de los sacerdotes y en los cantos de los juglares<sup>9</sup>. En las páginas de su memoria, continuamente proferida, se fueron reuniendo el asombro, los conocimientos y los peligros; “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” que los hombres ya saben suyos para siempre, aunque no siempre los hayan vivido personalmente. Todos ellos están ahora almacenados en las estanterías de grandes y pequeñas bibliotecas y también en los nuevos dispositivos de cientos de terabytes donde tampoco *cabe el alma del rebaño*.

---

<sup>6</sup> “De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación,” J. L. Borges, *El libro* (Emecé, 1996), 165.

<sup>7</sup> “El total de las bibliotecas representa el conjunto de la memoria de la humanidad, de ahí que el problema de la memoria colectiva esté ligado al de la lectura,” Davide Ferrario, *Umberto Eco: La biblioteca del mundo* (2022), Documental.

<sup>8</sup> “A través de los libros, anidamos en la piel de otros, acariciamos sus cuerpos y nos hundimos en sus miradas. Y, en un mundo narcisista y ególatra, lo mejor que le puede pasar a uno es ser todos,” I. Vallejo, *Manifiesto por la lectura* (Siruela, 2020), 26.

<sup>9</sup> “El humano es el *ser que lee*, y lo hace incluso antes de que existieran los libros, porque no puede eludir los mitos, los relatos y las historias. Somos, querámoslo o no, seres *enredados en historias*,” J.-C. Mèlich, *La sabiduría de lo incierto* (Tusquets, 2019), 19-20.

Y, sin embargo, las bibliotecas, como nuestra memoria, solo son laberintos de una ciudad en construcción. Los miles de lecturas escritas y allí guardadas son solo fragmentos de una lectura infinita y siempre limitada de la vida, como describe aquella *Biblioteca de Babel* de Borges. Miles de escritos de un mundo siempre frágil e inconcluso. Entrar en una biblioteca es como abrir una ventana a un universo de universos apenas unificables más que por estar ahí, juntos, en un mismo espacio, sin que por otra parte uno pueda hilarlos en un discurso complejo. No es menos abrumadora la experiencia que tiene el lector que pasea por los pasillos de una biblioteca o de una gran librería<sup>10</sup> que la del salmista cuando contempla el cielo<sup>11</sup>, o quizá solo sea una de las expresiones más completas de esta. Libros de astrofísica y de microbiología, libros de instrucciones y libros de viajes, libros de arquitectura y libros de cocina, libros de historia y libros con historias, libros manuales y libros de poesía, libros y libros sobre libros. Ahí está la vida del mundo en su realidad vivida y ahí aparece igualmente en su relatividad, en su impotencia para poder ser vivida y dicha entera y de una vez, en una eternidad, sin embargo, anhelada. Y ahí se manifiesta la humanidad del hombre que se despierta en un paisaje que, al mirar, le impele a leerlo, a interpretarlo para poder vivirlo, para hacerlo suyo, y hacerlo bueno. Y ahí también encuentra su propia ignorancia, sus errores, los callejones sin salida en los que se ha metido.

Podríamos ahora recrear el texto del poeta diciendo:

*Un hombre pasea atento  
entre los pasillos de una biblioteca  
el alma del mundo que quiso codificar no cabe en sus estanterías.*

---

<sup>10</sup> “Hay algo que tiende a producir angustia en el hecho de estar rodeados de todos esos pensamientos y voces distintas que nos recuerdan que, por mucho que vivamos, nunca conseguiremos leer ni una ínfima parte de los libros que ya existen, por no hablar de los cientos de nuevos volúmenes que se publican cada año,” M. Brottman, *Contra la lectura: Un ensayo dedicado a los lectores que no creen que los libros sean intocables* (Blackie Books, 2018), 69. Por su parte, dice Enrique Andrés Ruiz: “Yo he sentido [...] una especie de pesadumbre, una pesadumbre que, mientras se nos echan encima los volúmenes va creciendo [...] la atracción que nos llama hacia mil títulos que se quitan la palabra unos a otros [...] La librería entonces abruma,” *La tristeza del mundo: Sobre la experiencia política de leer* (Encuentro, 2010), 22.

<sup>11</sup> “Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, / la luna y las estrellas que has creado, / ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, / el ser humano, para darle poder?” (Sal 8, 3-4).

## *Dios y el libro*

El mundo se ha convertido así en un libro de libros, vivido y escrito por todas partes, desbordante y esquivo a toda síntesis. Y ya no sentimos, como el pastor antiguo, la serenidad del poema, ahora sentimos

“el desasosiego ante lo relativo, lo indeterminado, ante todo eso que -en el fondo- no nos importa, ante la falta de orientación, ante la pluralidad que ya no podrá ser reunida de nuevo en ninguna unidad antigua [...] Pero sobre todo eso, creo yo, la desazón ante el exceso, ante la inflación del ruido humano en la que ya todos se nos presenta extraño, ajeno, como en la soledad que se siente entre el griterío de la multitud”<sup>12</sup>.

Y es fácil recordar la profecía de Juan, el vidente del Apocalipsis:

“Vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso, que pregonaba en alta voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?». Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni mirarlo. Yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro y de mirarlo” (Ap 5, 1-4).

Un libro escrito por dentro y por fuera que nadie puede leer en una unidad de sentido completa y reconciliante. Un libro dado, que no es sino el mundo recibido y vivido por la humanidad entera, un libro escrito que seguimos reviviendo y reescribiendo sin entender del todo su sentido. Un libro que vive abierto en nuestra actividad y, a la vez, cerrado a un sentido claro y a una conclusión que todo lo reconcilie. Un libro entregado por una mano extendida desde más allá del mundo, desde ese lugar que *no cabe en el paisaje*. Un libro recibido para ser vivido que es continuamente frustrante, imposible de vivir en plenitud; escrito, como supo el profeta, “en el anverso y en el reverso con elegías, lamentos y ayes” (Ez 2, 10). Un libro que le supo dulce al llevárselo a la boca (3, 3), como sabe el mundo a quien lo recibe con esperanza en sus posibilidades, pero que, como afirmará el vidente del final de los tiempos, amarga cuando se hace propio, cuando se digiere (Ap 10, 10). Lo sabe el lector, todo lector, porque su lectura se topa siempre, no importa de qué hable el libro que lea, con una mezcla de esperanza y tragedia al contacto con la realidad, pues todos hablan del amor y de la muerte, da lo mismo el tema que traten, del futuro de vida prometido, del pasado de esperanzas agotadas y del siempre claroscuro presente.

Para el creyente, este libro es el mundo en su fluir, el mundo dado por Dios y puesto a su cuidado, con el mandato de no reducirlo a sí mismo bajo pena de muerte (Gn 2,16-17) y, a la vez, con una promesa inscrita que se expresa de continuo en el anhelo del hombre de vivir una vida en plenitud

---

<sup>12</sup> E. A. Ruiz, *La tristeza del mundo*, 22.

en este mundo dado. Así la primera palabra por la que Dios se dice es esta presencia invisible, irreconocible en algún sentido, que ensancha el mundo más allá de él mismo y que impele al ser humano a ser él mismo en todas sus posibilidades. Todas las preguntas, todos los caminos escritos por el hombre en el mundo y en las páginas de sus libros, sean los que sean, son en el fondo un diálogo sostenido por una presencia que le llama, desde más allá del propio *paisaje*, a ser el mismo sobrepasándose.

### *El libro entre Dios y los hombres*

El libro, los libros, expresión continua de esta historia, son así parte central de este diálogo divino-humano, incluso cuando Dios no aparece por ningún lado, porque Dios es siempre aquello que *no cabe en el paisaje* y, a la vez, aquello que hace que el mismo paisaje aparezca, como el blanco de la página escrita que no es nada más que el espacio donde la letra se inscribe con una identidad visible y propia<sup>13</sup>. En los libros se condensa la historia vivida y ofrecida como lugar de discernimiento y vivencia de la propia vida, como lugar de acogida de la humanidad en su concreta realidad que es así y en algún sentido siempre la vida propia.

Los libros pertenecen por eso mismo a la historia misma de la salvación pues son “una realidad incluida en la íntima búsqueda de la existencia humana; es un elemento que se inserta justo donde el hombre y Dios se encuentran”<sup>14</sup>. En los libros vemos al ser humano decirse ante el paisaje infinito del mundo y ante un absoluto que le sobrepasa y ante el que puede verlo como un todo; vemos igualmente la desesperación que produce su aparente cerrazón mortal que relativiza con su presión implacable cada realidad. Por eso, toda palabra escrita es, en su interior, una oración anónima de gozo y alegría o de dolor y queja. Maldiciones y bendiciones,

---

<sup>13</sup> “Yo vería a la teología como aportando a los otros discursos *un fuera-de-texto, su fuera-de-texto. No hay texto sin fuera-de-texto*. Quizás sea este el verdadero lugar de la teología entre las otras ciencias humanas: ofrecer [...] ese fondo refractante, [...] que todo texto necesita para ser legible [...] La teología, por la naturaleza misma de las cosas que trata, mantendría en la circunferencia y en los confines de los saberes ese entorno inverificable y ese lugar invisible que acompañan y rodean constitutivamente al conocimiento claro. Y fuera de los cuales toda ciencia y todo conocimiento se harían totalitarias por enclaustrarse en sí mismas,” A. Gesché, *La teología* (Sígueme, 2017), 17 (Utilizo la traducción, que creo más ajustada, de A. Gesché, “Elogio de la teología,” *Revista Teología* 118 (2015): 123-137, 128).

<sup>14</sup> K. Rahner, “La biblioteca parrocchiale: Principi per una teología del libro,” en *Letteratura e cristianesimo*, ed. A. Spadaro (San Paolo 2014), 41-84, 45.



alabanzas y súplicas, atraviesan interiormente las páginas de los libros de todos los tiempos<sup>15</sup>.

El libro es entonces una expresión primera o “un momento de la encarnación del Verbo”<sup>16</sup>, afirma Rahner refiriéndose a la Escritura, pero apuntando más lejos como hace Antonio Spadaro siguiéndole<sup>17</sup>. El cuerpo del Hijo está hecho de todas esas palabras y de todos esos argumentos que necesitan consumación y redención. Será en esta encarnación donde el libro de la vida alcance a romper los sellos que impedían comprender el sentido global y el destino último de la historia de la humanidad, como cantan los que han comprendido:

*“Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes, y reinarán sobre la tierra” (Ap 5, 9-10)*<sup>18</sup>.

Solo quien comprende el abismo y la promesa inscrita en este libro de la vida puede profetizar luego, como ha escuchado el vidente. *“Tómalo y devóralo [...] Es preciso que profetices de nuevo sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos” (Ap 10, 9.11)*. Pues, ¿quién podría, sin insertarse en esta historia, escrita en carne y en papel, decir una palabra verdadera? Y es que quien cree poder ponerse en este punto focal de sentido, situarse en la posición que la Escritura da a Cristo, sin pasar por su historia, tiende a

---

<sup>15</sup> “Bien mirado el lector hace eso mismo cuando lee. Realiza ese acto supremo de pedir que es la lectura, llevado por la nostalgia de una imposible totalidad. Lee para negar que sea cierto que la vida no tenga sentido, y porque no quiere que en el mundo dejen de existir cosas como la bondad, al amor y el perdón,” G. Martín Garzo, *Elogio de la fragilidad* (Galaxia Gutenberg, 2020), 59-60.

<sup>16</sup> K. Rahner, *“La biblioteca parrocchiale”*, 46.

<sup>17</sup> “La literatura, por el simple hecho de que expresa la realidad humana, muestra que el hombre está ya marcado por el misterio y la gracia: si el ser humano ha sido creado y salvado por el Verbo hecho carne, todo lo que expresa en profundidad esta realidad humana como tal dice el misterio de Cristo y la experiencia de Dios que el hombre hace, incluso cuando la ignora o la rechaza”, “Invito alla lettura. Per una teologia della letteratura,” en *Letteratura e cristianesimo*, 5-30, 28.

<sup>18</sup> “La Biblia es un libro que narra una historia: la historia complicada, tortuosa, a veces escandalosa, a través de la cual Dios ha venido a conversar con los hombres a través de aquel pequeño pueblo que es Israel, para para reunirlos finalmente en su Hijo Jesús [...] Una historia] hecha de repeticiones, vacilaciones, callejones sin salida, correcciones y evolución del pensamiento al hilo de los cambios culturales, sociales, económicos y políticos dados en el tiempo [...] Un texto que encuentra su coherencia y su clave de interpretación en la muerte y resurrección de Jesús,” J.-M- Chauvet, *La messa detta altrimenti: Ritornare ai fondamentali* (Queriniana, 2024), 46-47.

reducir el mundo a su mundo y Dios a una simple proyección, e inserta en el mundo el movimiento impaciente de violencia en espiral.

Así pues, adquiere todo su sentido la imagen del brazo del Señor que se acerca al profeta y le ofrece un libro enrollado para que lo coma antes de hablar, un libro que contiene los anhelos y los ayes de la humanidad. No es la Escritura un libro celeste prefabricado en las entrañas de la divinidad con una respuesta para cada cuestión, sino un libro donde el hombre es empujado a una libertad ante la que Dios se ofrece discretamente como referente último de redención<sup>19</sup>.

Y esta es la razón por la que, como afirmaba Tolentino Mendonça en la cita ya referida, la lectura es un componente de la tradición cristiana y de la acogida de la misma revelación.

Pero alguno podría pensar que de esta manera damos consistencia inspirada a todo libro, a cualquier libro. Debemos, por tanto, explicarnos. Antes de nada, digamos que no nos referimos a los libros que simplemente distraen o sirven de divertimento. Estos caen bajo la denuncia de Pascal hacia las actividades que el hombre realiza para escapar de su vida, aquí a través de la ensoñación de las palabras. Aunque esto no significa que el aspecto lúdico de la lectura deba ser rechazado. En cualquier caso, nos referimos, como advertía el mismo Rahner, “sobre todo al libro que representa una condensación de la realidad humana y del mundo [...] al libro que presenta el mundo del hombre con aquella cercanía y al mismo tiempo con aquella distancia, en la que él consigue encontrarse a sí mismo y la justa medida de sus relaciones con el mundo”<sup>20</sup>. O, mejor aún, a la lectura que, de cualquier libro, puede poner al lector en disposición de ser él mismo.

---

<sup>19</sup> “La fe cristiana no es una «religión del Libro». El cristianismo es la religión de la «Palabra» de Dios, «no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo» (San Bernardo de Claraval). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas (cf. Lc 24, 45),” *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 108. Louis-Marie Chauvet, comentando la lectura de la Escritura en la eucaristía, decía: “Para ser lo que pretende ser, es decir, Palabra de Dios, el texto bíblico necesita una interpretación. No hay Palabra de Dios sin pasar por lo que está escrito; pero entre lo escrito y la Palabra de Dios hay siempre un vacío, un vacío que requiere una interpretación,” *La messa detta altrimenti*, 47.

<sup>20</sup> K. Rahner, “La biblioteca parrocchiale”, 66-67.

### *La Sagrada Escritura como el Libro*

Es un lugar común la afirmación de que la Escritura es una biblioteca, un libro de libros, en la que cohabitan tiempos y lugares diversos; situaciones y perspectivas distintas; diferentes géneros, temáticas, argumentaciones que, muchas veces, solo tienen de religioso una perspectiva que va revelando a Dios como el horizonte guía, compañero y lugar originario de la vida del hombre y del mundo.

En ella encontramos narraciones y poemas, textos jurídicos y refranes, cartas y reflexiones argumentativas. Encontramos sabiduría popular y memoria social; cantos de asombro, admiración y gratitud y meditaciones llenas de tristeza, angustia y queja; maldiciones y bendiciones; consejos morales y parábolas, asuntos turbios, violentos y nada edificantes y ejemplos de confianza y entrega sobreabundante; tramas novelescas y códigos jurídicos. Nos encontramos en sus páginas con relatos de hechos acaecidos y con ficciones que desvelan la realidad que fluye escondida en los hechos fácticos. Relatos que se revelan como testimonio de la entera vida del hombre y de la humanidad común. De esta forma, en ella, la afirmación de que es un libro de libros se podría interpretar no solo como que es una biblioteca plural, sino como que es un *libro síntesis de los libros*, en el que nada de lo humano, nada de la forma de mirar y habitar el mundo, le es ajeno; y del que nada de la historia interior de la humanidad queda fuera. Por eso, la Escritura pueda definirse como *el Libro* incluso antes de afirmar su inspiración<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> “Lo que tienen ustedes en la mano no es un libro. Es *el* libro. Todos nuestros demás libros, por diferentes que sean en materia y método, guardan relación, aunque sea indirectamente, con este libro de los libros [...] Todos los demás libros, ya sean históricos, narraciones imaginarias, códigos legales, tratados morales, poemas líricos, diálogos dramáticos, meditaciones teológico-filosóficas, son como chispas, muchas veces desde luego lejanas, que un soplo incesante levanta de un fuego central [...] No hay libro como este; todos los demás están habitados por el murmullo de este manantial lejano,” G. Steiner, *Un prefacio a la Biblia hebrea* (Siruela 2004), 13-14. Elías Canetti, por su parte, se expresa en este sentido, en uno de sus aforismos: “La Biblia es la digna imagen del género humano, modelo de la Humanidad, un ser inmenso, a la vez visible y secreto; es la verdadera Torre de Babel, y Dios lo sabe”. De la misma forma García Márquez, preguntado por los clásicos imprescindibles, escribió una lista en el que asignó el primer puesto a la Biblia (Cf. <https://www.bbc.com/mundo/articles/cll4z9643rpo>). Refiriéndose a la obra de Oscar Wilde *De profundis*, Tolentino Mendonça comenta: “El escritor encuentra todos los elementos de la vida [en los evangelios]: el misterio, el estupor, la sugerencia, el éxtasis, el amor, la llamada a la capacidad de sorprenderse que crea aquella disposición de espíritu por la cual (y solo por ella,

Como decimos, en ella todo el paisaje humano se encuentra habitado por una realidad que, irreductible a él, se manifiesta como horizonte guía y compañero, origen, medida última y destino de la vida del hombre y del mundo, de forma que el ser humano aparece en una peregrinación determinada por esta presencia, cuyo nombre es impronunciable, y que imprime a la libertad del hombre una vocación nunca resuelta del todo y que, incluso en su culminación en Cristo no es el fin de la historia, sino un camino abierto al que se le promete una patria definitiva. Es esta presencia la que le da su cualidad última, la inspiración, ya que en ella todo el laberinto de los caminos humanos, es traído a su *más profundo centro*, un centro que recoge el movimiento de la historia concreta de los hombres hasta su consumación en la historia de un hombre que la redime abriendo su patria última. Se entenderá, ahora, que identifiquemos el libro escrito por dentro y por fuera y cerrado a la comprensión última del ser humano del Apocalipsis con el libro de la vida histórica de los hombres abierto a su sentido pleno en Cristo.

Entrar en la escritura (los libros) y en la Escritura (este libro), es entrar en el paisaje humano de todos los tiempos, entrar en la mirada humana intuitiva, sagaz y, a la vez, torpe e interesada; entrar en la tendencia del hombre al encuentro y a la convivencia y en sus derivas violentas; entrar en su apertura a la presencia de una bendición original escondida y benediciente y en sus dudas radicales frente al fluir amoral e indiferente del mundo y de la historia. Por eso, Rahner afirmaba que los libros nos ofrecen un encuentro con nuestra vida que es “en algún sentido un preludio y un inicio de aquel descubrimiento de uno mismo que se puede verificar únicamente delante de Dios”<sup>22</sup>.

Pero habrá que aprender a leer para descubrir en los libros nuestra búsqueda perpetua y, a la vez, las imágenes que en ellos definen las posibilidades de nuestro mundo, un mundo que se asemeja a *una historia de amor y oscuridad*, como reza el título de la novela autobiográfica de Amos Oz. Porque aprender a leer es aprender a dar un rodeo por fuera de

---

subraya) pueden ser leídos y comprendidos. Por eso, explica, a estos textos se debe todo,” *La lettura infinita*, 25.

<sup>22</sup> Rahner, “La biblioteca parrochial,” 69. Jiménez Lozano escribió un breve poema titulado *Lectio divina*, especialmente sugerente en este sentido. Dice así: “En aquel monasterio / la *lectio divina* era / un capítulo cualquiera / de la historia humana; / pero, a veces, / se tenía que echar un velo negro / sobre la cabeza de la virgencita. / Por delicadeza,” *Impresiones provinciales. Cuadernos 2010-2014* (Confluencias, 2015), 106.

nosotros mismos<sup>23</sup>. Como afirmaba Pirandello, queriendo provocar a una sociedad demasiado complaciente consigo misma, somos personajes en busca de autor, porque necesitamos pertenecer a una historia que aún no está construida y que no cabe en el mundo que construimos y vivimos. Una historia dibujada en la Biblia en forma de promesa y libertad, y hecha de narraciones inconclusas. Una historia siempre abierta que ha inventado la narración, el relato que describe la vida real en su fragmentariedad y su esperanza, sin someterla a la ideología y haciéndola revivirse siempre renovadamente<sup>24</sup>. Una forma de hablar que seduce y pregunta, que provoca mientras se dice, que llama y enciende el corazón hacia lo imposible, lo justo, lo bello, sin esconder lo vulgar, lo miserable, lo concreto.

## La lectura como puerta a la realidad

### *Las condiciones de la lectura*

Afirmaba Antonio Basanta que “leer mucho no es importante, lo importante es leer bien [...] No preguntéis cuánto se lee, sino cómo, desde dónde, hacia dónde, por qué, para qué y sabréis la razón del cuánto”<sup>25</sup>. La buena lectura es un acto de intimidad personal, que requiere un recogimiento muy parecido a la escritura y a la misma oración. Necesita pausa, ritmo, paciencia, escucha, acogida, diálogo. Incluso si, como era tan común al menos hace unos años, se lee en el metro donde los viajeros van amontonados, los lectores van siempre envueltos en una especie de intimidad aislante que produce el libro. Remitiéndose a Italo Calvino, Juan

---

<sup>23</sup> “Para leer sentimientos humanos en lenguaje humano uno ha de ser capaz de leer humanamente, con todo su ser. Tenga las convicciones que tenga, uno es más que una ideología,” A. Bloom, *Cómo leer y por qué* (Anagrama, 2006), 26.

<sup>24</sup> “No dejaré de ser siempre oportuno subrayar el hecho de que la narración es un invento judaico, bíblico [...] Es ciertamente de la Biblia de donde nace el relato o la narración, que realiza el milagro de revivir lo muerto [...] es decir, hace que la historia se cuente *res nostra*, mientras que en las demás culturas lo que se cuenta es un hecho del pasado que se documenta, o una ficción moralizante, que incluso puede afectar al lector como norma o ejemplo; pero se trata, por eso mismo, de una *res acta*, pasada y concluida,” “La Biblia y el invento del narrar”, en J. Jiménez Lozano, *Siete parlamentos en voz baja* (Confabulaciones 2015), 13.18.

<sup>25</sup> A. Basanta, *Leer contra la nada* (Siruela, 2017), 181. Por su parte, Jorge Peña decía: “Leer bien es experimentar la fuerza de realidad y el poder que las palabras ejercen sobre nosotros,” “Lectura y sabiduría”, *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo* 15 (2004): 38.

Villoro afirmaba que “el libro es la única parte de la casa donde podemos estar a solas, sin otra compañía que una voz originaria”<sup>26</sup>.

El libro requiere, como la amistad, su propio espacio, solicita un tiempo y una actitud para darse, pues, como un amigo, pide atención y diálogo, tacto y sosiego, apertura y vida común, riesgo y confianza<sup>27</sup>. Cuando esto se produce los libros quedan inscritos en nuestra memoria y en nuestro corazón, no solo por las ideas que transmiten, sino por lo que llegan a significar en nuestra vida. Por eso no es extraño que vayan configurando una segunda familia, como decía Jiménez Lozano, una “familia espiritual larga, compleja y contradictoria”<sup>28</sup>, como todas las familias de sangre o de amistad, porque como con ellas, con los libros se comparte un camino de vida, de búsqueda. Porque el encuentro que en ellos se produce es de uno y con uno que busca “más vida u otra vida que tu propia vida y la vida que te rodea. [...Llevado por] un instinto que te arrastra, o una pasión irreprimible, o un amor del que no puedes librarte”<sup>29</sup>. En este sentido, Borges afirmaba que “somos los libros que nos han hecho mejores”<sup>30</sup>.

Esto significa que la lectura es un espacio de libertad, de elección, que requiere el deseo y la voluntad, la esperanza y la paciencia, sin las cuales se frustra ya que queda presa de la simple diversión pascaliana o del academicismo que la funcionaliza o del snobismo que la utiliza para vestir la propia vanidad, desposeyéndola de todo lo que puede dar. Por eso, como afirmaba Lewis, la lectura verdadera depende sobre todo del lector, pues, por más que algunos libros parecieran o pudieran estar cargados de

<sup>26</sup> Villoro, *No soy un robot*, 205.

<sup>27</sup> Comenta Rafael Tomás Caldera, citando a Alfonso Reyes: “El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar a él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos [...] Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro; medrosa acaso, pronta a desaparecer si se la solicita con cualquier apremio sospechoso,” *De la lectura*, 29.

<sup>28</sup> G. Arbona, “La lectura,” consultado el 26 de agosto de 2024, [https://www.jimenezlozano.com/v\\_portal/informacion/informacionver3df0.html?te=28](https://www.jimenezlozano.com/v_portal/informacion/informacionver3df0.html?te=28).

<sup>29</sup> J. Jiménez Lozano, “Por qué se escribe,” *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento* 200 (2003): 85-101, 87.

<sup>30</sup> Esta afirmación llegaría a plenitud en la interpretación que hace el creyente del texto bíblico en el que encuentra la vida de Cristo: “Lo importante -afirma Chauvet- es comprender que las Escrituras son como el primer sacramento del *Pan de vida*. Los fieles son llamados a nutrirse de la palabra de Dios antes de nutrirse de cuerpo de Cristo. Más aún, sin el primer alimento, el segundo puede ser infructuoso,” *La messa detta altrimenti*, 40.

posibilidades, siempre pueden ser desactivados por la forma de leer<sup>31</sup>. Y esta forma buena de leer requiere privilegiar el criterio a la cantidad, la atención a la rapidez, la cordialidad a la ideología. O, dicho de otra manera, requiere leer entrando pacientemente en el mundo que el texto propone dejando no solo que se muestre, sino que nos muestre a nosotros mismos<sup>32</sup>.

Leer y leer con atención, incluso releer. Puede comprobarse cómo muchos buenos lectores proponen incluso la re-lectura como práctica enriquecedora. Jesús Montiel va incluso más allá cuando afirma que “la relectura tiene un alcance trascendente en la actualidad: es un acto de resistencia porque se aleja del tiempo productivo”, con el que consumimos el mundo y nos consumimos en él sin consumarnos, sin encontrarnos a nosotros mismos<sup>33</sup>.

Esto no significa que la lectura sea una práctica funcional en orden a nuestra constitución personal, la lectura tiene un aspecto lúdico necesario, un aspecto de gozo interno sin el cual apenas puede abrirse la puerta de sus aposentos. En esto también se parece a la amistad, porque ella nos lleva a lugares recónditos de nuestra vida, los revela, los dinamiza, los alienta sin que sea necesario convertir la amistad en una obligación de vida. Se trata de un regalo que, si bien requiere un cierto trabajo (el de la honestidad y sinceridad en la relación, el de la apertura de la vida y su entrega a una vida común por momentos), tiende a fluir desde dentro. Esto es lo que sucede en la lectura. Así pues, sin esta atención, apertura, confianza dada a una primera atracción revelada en nuestro corazón, ni la amistad ni la lectura llegan a ningún sitio. La amistad posible con la persona que encontramos, el descubrimiento posible en el libro que abrimos, que van más allá de la lógica

---

<sup>31</sup> Cf. C. S. Lewis, *La experiencia de leer* (Alba, 2023).

<sup>32</sup> “Creo que la importancia de la lectura está muy sobrevalorada, y a lo que en realidad deberíamos prestar atención, en un mercado abarrotado y ahído de libros, no es a la muerte de la lectura, sino a la muerte del criterio. Es relativamente fácil adquirir el hábito de la lectura, es mucho más difícil llegar a ser un lector exigente y con criterio,” M. Brottman, *Contra la lectura*, 21. En este mismo sentido se pronuncia el pensador Alfonso Berardinelli: “El libro *per se* no es un valor, lo es únicamente si vale la pena. Y en el caso actual de sobreproducción de libros, los peores enemigos de los libros que merece la pena leer son los innumerables libros que los sepultan y de los que tratamos de defendernos,” *Leer es un riesgo* (Círculo de tiza, 2016), 32-33.

<sup>33</sup> “Como escritor -termina diciendo- me gustaría que mis libros acabaran siendo lugares de regreso. Como esa casa rural a la que uno vuelve para resetearse y frotarse las manos mientras nieva afuera y hace frío,” “Releer en tiempos vertiginosos,” *The Objective*, 28 de noviembre de 2021, <https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2021-11-28/releer-tiempos-vertiginosos/>.

contractual y funcional, se hacen así igualmente metáfora de la revelación posible del horizonte escondido de la vida, de Dios mismo que no se da sino suscitando una atracción hacia lo absolutamente sublime y justo, hacia lo plenamente bello y verdadero que solicita atención, apertura y confianza para decirse en todas sus insospechadas riquezas.

### *El mundo leído*

Pero, ¿qué se encuentra en esta lectura verdadera? No se encuentran paisajes desconocidos sin más, lo curioso es que en las lecturas más profundas se encuentra lo conocido como intuición sin forma, la vida misma que nos habita y nos llama desde dentro y desde fuera, las fuerzas que la determinan en su mejor y peor versión. De forma que en la lectura conocemos lo que somos y lo que podemos ser, lo que es el mundo y lo que puede ser<sup>34</sup>. En este sentido, leer no es sino rumiar la vida dando un rodeo para que esta se descubra en nosotros. Por eso, la lectura no solo se parece a la amistad, sino que también provoca la amistad entre lectores, porque al compartir sus lecturas comparten no solo ideas, sino sus propios descubrimientos de vida, su vida misma abierta y enriquecida en aquel pozo en el que se invita a beber al otro para darle lo que vamos paladeando en la lectura<sup>35</sup>.

El escritor americano Sam Savage escribía hace unos años *Firmin* (2007) una novela metáfora sobre la lectura, la identidad que nos ofrece y la amistad que suscita. En esta obra, una rata nacida de una madre no muy ejemplar, y casi arrojada a la muerte por ser el más débil de una camada de trece cuando su madre solo tenía doce tetas, descubre que puede

---

<sup>34</sup> Pedro Salinas afirmaba que solo el buen conocimiento del lenguaje nos posibilita decirnos y conocernos, y este conocimiento está vinculado a la lectura de lo que se suele llamar los clásicos. Comentaba doliéndose de quien no lee: “El hombre que mal conoce su idioma no sabrá, cuando sea mayor, dónde le duele, ni dónde se alegra. Los supremos concedores del lenguaje, los que lo recrean, los poetas, pueden definirse como los seres que saben decir mejor que nadie dónde les duele”, citado por Jorge Peña Vial, “Lectura y sabiduría,” 37. En el mismo sentido, Martín Garzo afirma: “Los hombres y las mujeres actuales viven sin apenas poner límites a sus deseos, y sin embargo pocas veces han tenido menos cosas que contarse. La ausencia de relatos define su convivencia [...] La crisis de la cultura del relato oculta una crisis más honda: esa pobreza de la experiencia de la que habló Benjamín,” *Elogio de la fragilidad*, 107.

<sup>35</sup> “Ofrecer a alguien un libro es hacerle cómplice de uno mismo, es dejarle una señal [de un tesoro encontrado],” Conférence des Évêques de France, *Retrouver le temps de lire* (2002), <https://fr.zenit.org/2002/02/03/retrouver-le-temps-de-lire/>.



alimentarse de las páginas de los libros del sótano de la librería donde nació y que, al comerlos, va entendiendo lo que dicen. Su vida, poco a poco, ensanchará horizontes sobrepasando la inercia de comer y fornicar en los bajos fondos del mundo donde habitan. Curiosamente la rata madre da a luz entre las páginas de un libro desvencijado que tritura para hacer algo acogedor el sitio, y es aquí, en estas páginas que conforman el contexto de su nacimiento, donde Firmin da sus primeros bocados de letras hasta que poco a poco va apreciando la diferencia entre unos libros y otros.

Para Firmin no es la sabiduría técnica lo más apreciable de los libros que asimila, “si hay algo para lo que resulte útil una formación literaria -dirá-, es para dotarlo a uno de un sentido de la catástrofe”. Siguiendo este mismo argumento y, como haciéndose eco del rollo que se le entrega al vidente del Apocalipsis, comenta: “Si hubiera sido algo más astuto, habría visto en el espantoso dolor abdominal que me provocaba el ejercicio de esta pasión en su forma infantil una advertencia, un augurio de los interminables padecimientos de que el amor, al parecer, viene siempre acompañado”. Firmin y el dueño de la librería entablarán una amistad en la mente del primero, una amistad que solo entablará con el tercer protagonista del libro herido por la vida como él. Una amistad que supera la distancia y el odio mutuo que parecería definirles por su posición antagónica en el mundo. La lectura les aúna, pues en ella encuentran una misma vida donde las diferencias pueden encontrar hilos de comunión. Esto mismo es lo que busca suscitar ese *Libro de libros* que llamamos Biblia donde los enemigos irreconciliables, se hacen protagonistas de una historia de reconciliación, siendo así que el lector de este Libro puede ir adhiriéndose, en esa lectura hecha “con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12), a un movimiento de amistad y fraternidad con todos.

Pero, no es un camino recto hacia la propia humanidad la lectura, ni configura de forma inmediata una vida buena, justa y veraz. Y, si bien la lectura como la amistad tienen el poder de humanizar la vida, esto no sucede de forma inmediata. Ante la afirmación ya citada de Borges de que “somos los libros que nos han hecho mejores”, añade Villoro: “La frase admite un complemento: el efecto de la lectura no es inmediato, es necesario querer mejorarse en ella. Un campesino iletrado puede tener una moral superior a la de un profesor de Harvard: los libros mejoran a quien decide que así sea”<sup>36</sup>. Y esto es también aplicable a la lectura de la Escritura, que no actúa de forma mágica por estar inspirada, como puede verse en la advertencia que ofrece a sus lectores:

---

<sup>36</sup> Villoro, *No soy un robot*, 256

“Desechad toda inmundicia y la carga de mal que os sobra y acoged con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en vosotros y es capaz de salvar vuestras vidas. Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era” (Sant 1, 21-24)

## Las entrañas del libro y la vivencia del mundo

### *El descubrimiento de la vida*

Sabemos, aunque la inercia de la vida nos haga creer lo contrario, que no podemos adueñarnos de la realidad, que esta se nos da solo para vivirla. Y, sin embargo, esto requiere aprender a sostenerse en ella con una confianza que se asemeja mucho a la que pide la natación. El aprendizaje y el hecho mismo de nadar no cabe ni en un libro de instrucciones, ni en un reportaje de imágenes, ni en la fantasía de un sueño, aunque todos estos elementos puedan ayudar a entregarse a esta práctica. Así sucede con toda la realidad. La vida funciona al margen de nuestras definiciones, más o menos adecuadas sobre ella, por más que, de continuo, las sociedades y los humanos intentemos encerrarla en órdenes cosmovisivos o políticos concretos. Hemos de aprender, entonces a vivir en una cierta incertidumbre y en una cierta inadecuación que, por otra parte, posibilita la existencia libre y personal. Al narrar la vida, al imaginarla, al testimoniarla, la narración misma se convierte en un espacio posible de realidad en movimiento, en un espacio que puede ser comprensible incluso en su sinsentido. Y a esto nos ayudan los libros: imaginar vidas posibles y reconocer las vividas, narrar realidades que habitar y percibir las habitadas, testimoniar caminos recorridos acertados o errados e identificar los nuestros, dejar espacios de descanso para el dolor insuperable y encontrar palabras para vivirlos. Y al hacerlo nos insertan en las posibilidades e imposibilidades de nuestra vida misma, llamada a conocer y realizar en ellas su identidad.

Bastaría fijarse en la conmoción que supusieron para la historia *La ciudad de Dios* (412-426) de San Agustín; *La cautividad babilónica de la Iglesia* (1520), de Lutero; *El origen de las especies* (1859), de Darwin o el *Manifiesto comunista* (1848), de Marx y Engels. En los años que estas dos últimas obras conmocionaban la sociedad europea, un aparentemente inofensivo cuento infantil, *Alicia en el país de las maravillas* (1865), de Lewis Carroll, hacía lo propio al menos para los que tenían ojos para ver y entrañas para sentir. Este relato nos ayudará a percibir cómo los libros nos introducen

en el vientre de la ballena del mundo para hacernos comprender lo que nos sucede y las tramas falaces en las que estamos acomodados.

Alicia, la protagonista, es una niña que pertenece a las clases acomodadas de la sociedad victoriana. La visión de un conejo “con chaleco y reloj en el bolsillo” la arrastra hasta un agujero por el que cae en un mundo imaginario, en el que, sin embargo, Carroll refleja lo que la sociedad quiere esconder y, por tanto, la falsedad de la vida que parecía real y adecuada. La obra se configura como un relato metafórico en el que el autor invita a participar en su propia mirada sobre la sociedad a través de un relato extravagante. El tránsito de la visión común e inmediata de la situación social victoriana hacia la visión de las falsedades que la habitan se configura como una caída en un mundo extraño que absorbe a Alicia y en el que va a descubrir el mundo real y puede elegirse libremente frente a él. Más allá de la forma metafórica de ofrecer su contenido, el itinerario argumental del cuento se puede comprender como una metáfora de la lectura en cuanto tal, de la lectura como acceso, a través de una ficción reveladora, al mundo real que vive escondido ante nuestros ojos y debajo de nuestros intereses. Esta es la idea de fondo que recorre los comentarios de Vargas Llosa a 25 novelas del s. XX, como un alegato a favor de la literatura como “un corrosivo permanente de todos los poderes que quisieran tener a los hombres satisfechos y conformes”<sup>37</sup>. De manera muy provocativa, el escritor James Graham Ballard, refiriéndose a esta cualidad de la ficción literaria, afirmaba en el prólogo a su novela *Crash* (1973):

“Vivimos en un mundo gobernado por ficciones de toda índole: la producción en masa, la publicidad, la política conducida como una rama de la publicidad, la traducción instantánea de la ciencia y la tecnología en imaginaria popular, la confusión y confrontación de identidades en el dominio de los bienes de consumo, a la anulación anticipada, en la pantalla de TV, de toda reacción personal a alguna experiencia. Vivimos en una enorme novela. Cada vez es menos necesario que el escritor invente un contenido ficticio. La ficción ya está ahí, la misión del escritor inventar la realidad”.

Pues bien, la lectura no nos lleva simplemente a conocer más o a soñar más, sino a conocer mejor y soñar liberadoramente o, al menos, poder

---

<sup>37</sup> “Por sí sola, ella [la literatura] es una acusación terrible contra la existencia bajo cualquier régimen o ideología: un testimonio llameante de sus insuficiencias, de su ineptitud para colmarnos. Y, por lo tanto, un corrosivo permanente de todos los poderes, que quisieran tener a los hombres satisfechos y conformes. Las mentiras de la literatura, si germinan en libertad, nos prueban que eso nunca fue cierto. Y ellas son una conspiración permanente para que tampoco lo sea en el futuro,” M. Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, 32.

hacerlo si la dejamos. Esta es precisamente la forma en la que el creyente sabe que es llamado a leer la Escritura, entrando en su mundo interior para dejarse definir por ese mundo, extraño inicialmente, que termina por revelar lo extraño de la posición en la que nos encontramos habitando el mundo que creemos verdadero. Por eso, la forma de la lectura bíblica, que tiene su analogado principal en la escucha de las parábolas de Jesús como acontecimientos metafóricos que posibilitan ver el Reino que está ya actuando y, a la vez, es oprimido por los poderes del mundo, y convertirse a él en la forma verdadera y última de toda lectura<sup>38</sup>.

### *La lectura y la vocación del hombre en el mundo*

Sin embargo, esta interpretación de la lectura quedaría demasiado limitada a una especie de iluminación individual, y debe completarse con otro elemento que queda especialmente bien descrito en la novela de Michael Ende, *La historia interminable* (1979). La idea central que queremos resaltar en ella es que *una obra escrita es una obra por hacer* o, dicho de otra manera, que la lectura introduce en una situación que pertenece a la propia existencia de forma que revela un acontecimiento que empuja para darse a luz en la propia vida en una forma que debe encontrar el lector mismo. Volvemos a encontrar una característica propia de los relatos bíblicos como bien ha apuntado Jiménez Lozano. Refiriéndose a Levinas, comenta:

“Lo que diferencia un documento de un libro, al afirmar que por eso la Biblia es un libro y no un documento, consiste en que las significaciones del documento ya quedan agotadas en él y el libro invade o desposa la vida del lector y su destino. Es siempre susceptible de ser reinterpretado y, por tanto, tornado contemporáneo, y el mismo libro rejuvenece al lector porque le dice siempre algo nuevo”<sup>39</sup>.

Eso significa que la lectura posee una fuerza dinamizadora de la existencia al situarla no solo ante historias vividas, sino, en cierto sentido, ante la propia historia por vivir. Y esto es lo que describe la novela de Ende no solo con su contenido, sino con su forma. Está escrita en dos tintas: una para contar la historia de Bastian, una historia más de un niño con sus complejos y miedos; y otra para contar la historia que narra el libro que lee Bastian a lo largo de la trama, un libro en cuya historia él mismo participa

<sup>38</sup> Christoph Theobald, comentando la función de la Escritura en la vida eclesial y comentando 1Tes 2,13, subraya que la Palabra acogida en la lectura de la Escritura es ya una realidad ya operante dentro del oyente/lector y del mundo. Cf. Ch. Theobald, *Lo stile della vita cristiana* (Qiqajon 2015), 13-16.

<sup>39</sup> J. Jiménez Lozano, “La Biblia y el invento del narrar,” 17.

como un personaje y desde el que termina comprendiendo el reto al que le somete la propia vida. Ahora bien, la misma novela se desdobra nuevamente al convertirse en una metáfora de la lectura misma que está realizando el lector que tiene la novela (esta u otra) entre sus manos, pues está llamado a comprender la necesidad de la fantasía para que el mundo sea real y su misma vocación de luchar para que no se pierda en la nada de los hechos consecuenciales sin sentido que asfixia su alma y oprime al mundo<sup>40</sup>.

Esta novela, en la que se entabla una lucha contra la nada dentro y fuera del libro protagonista de la trama, apunta a la lectura como expresión de la necesidad de un orden poético que dé a la vida sentido recogiendo su provocación. Existe una nada que surge de la pérdida del significado bajo la opresión de lo funcional, una nada invisible como una niebla que se va tragando el mundo. Esta es la nada que va aniquilando el “Reino de Fantasía” al robarle el ser eliminando su sentido y su bondad. El guion de la película ha sintetizado el capítulo IX, *La ciudad de los Espectros*, en este pequeño diálogo entre un hombre lobo y Atreyu, el *alter ego* de Bastian:

- ¿Qué sabes tú del país de Fantasía? Es el mundo de la fantasía humana. Cada parte de su reino, cada criatura suya, no es más que un trozo de los sueños y esperanzas de la humanidad [...]
- ¿Por qué está muriendo Fantasía entonces?
- Porque los hombres han empezado a perder sus esperanzas y olvidar sus sueños. Por eso, la nada avanza cada día más.
- ¿Qué es la nada?
- El vacío que queda como una ciega desolación que destruye este mundo. Yo lo odio y por eso ayudo a la nada.
- ¿Por qué?
- Porque las personas que no tienen ninguna esperanza son fáciles de dominar, y quien tiene el dominio tiene el poder”.

Así pues, la novela, entre otras cosas, se propone como una metáfora y una apología de la lectura como lugar donde regenerar la vida de continuo y hacerla existencia no solo viva, sino vivificadora y liberadora. Como dice Antonio Basanta remitiéndose a esta obra: “Contra esa nada que pretende horadar nuestra razón para hacerse dueña de nuestros pensamientos y de nuestra ánima, proclamamos el valor insustituible de la lectura. Su imperiosa necesidad en nuestras vida”<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Comentaba Ende que “para encontrar la realidad hay que darle la espalda y pasar por lo fantástico. Ese es el recorrido que lleva a cabo el héroe de *La historia interminable*,” “Michael Ende. La realidad de la fantasía,” entrevista de J.-L. de Rambures, *El País*, 22 de abril, 1984.

<sup>41</sup> A. Basanta, *Leer contra la nada*, 173.

Esta obra es una apología indirecta de la lectura, de esa lectura que ha enseñado a realizar el relato bíblico con su forma de narrar, porque cuenta la historia para hacerla “revivir en otro lugar, en otro tiempo, en otra sociedad”, como decía Madeleine Dêlbrel hablando de la lectura del evangelio<sup>42</sup>. Por eso, la verdadera lectura, como la verdadera narración, no están separadas del mundo, aunque se separen por momentos de él. Y, por eso mismo, la verdadera lectura, como la verdadera narración, no son una ensoñación del mundo o una huida del mismo, sino el lugar donde aprender, como Atreyu enseña a Bastian, a sentirlo con verdad, a afrontarlo en gozo y agonía, en esperanza y reivindicación, en contemplación y acción liberadora.

Al leer escuchamos los gemidos del mundo, los gemidos de placer y los de dolor, que nos llaman a participar de la vida y a luchar contra el caos que la anonada<sup>43</sup>. De esta forma, la lectura nos expone al mismo mundo, para que, si tenemos ojos para ver, oídos para oír y un corazón para sentir, nos alistemos en una batalla vocacional contra la inhumanidad<sup>44</sup>. Y esto incluso

---

<sup>42</sup> “El Evangelio -decía- es el libro de la vida del Señor. Y está concebido para ser el libro de nuestra vida [...] Cuando tengamos nuestro Evangelio en las manos, debemos pensar que en él habita la Palabra de Dios que quiere hacerse carne en nosotros, para que con su corazón insertado en el nuestro, con su espíritu unido nuestro espíritu, reanudem su vida en otro lugar, en otro tiempo, en otra sociedad,” *La alegría de creer* (Sal Terrae, 1997), 37-38: “El libro del Señor”. En este mismo sentido, Jiménez Lozano ampliando la comprensión religiosa a toda narración y lecturas verdaderas, comentaba: “Es San Juan de la Cruz quien trae a colación esa historia [2Re 13, 20-21] a propósito de cómo deben ser vivas y verdaderas las palabras del orador sagrado, pero en realidad se trata de todas las *palabras para que levanten vidas*, porque la palabra del orador sagrado es al fin y al cabo palabra literaria y nada sagrada, como no lo es el arte en Occidente, sino cosa de hombres, aunque el asunto pueda ser religioso o sagrado,” J. Jiménez Lozano, “La Biblia y el invento de narrar,” 18 (el subrayado es nuestro).

<sup>43</sup> “Me pregunto en estos días en que los talibanes vuelven a hacerse con el poder en Afganistán: ¿De verdad creemos que sabemos lo que les pasa a las mujeres afganas porque hemos escuchado a la carrera, aunque sea muchas veces, que son las que más van a sufrir? Y me decido a leer la pequeña novela *La piedra de la paciencia*, del afgano Atiq Rahimi. Para conocer con verdad es necesario dar tiempo al corazón; y la literatura, con toda su ficción, nos ayuda a ofrecer ese tiempo necesario para escuchar el verdadero latir del corazón de los hombres y mujeres que nos rodean,” F. García, *Cosas que leo al leer: Un minuto de radio entre literatura y fe* (PPC, 2024), 9.

<sup>44</sup> Cf. A. Basanta, *Leer contra la nada*, 168-174: “La rebelión del lector”. Frente a esta perspectiva, Harold Bloom declara su escepticismo cuando afirma: “Pongo en cuarentena toda argumentación que relacione los placeres de la lectura personal con el bien común” *Cómo leer y por qué*, 19. Quizá *de facto* tenga razón, pero

si no lo pretendemos, como cuando, sin querer, Alicia cae por un agujero que le hace ver un mundo en el que debe tomar partido y decidir quién debe y quiere ser, cuando simplemente seguía por curiosidad a “un conejo con chaleco y reloj” que atravesaba con prisa la pradera donde ella se aburría a la hora de la siesta<sup>45</sup>.

### **El libro, un amigo impertinente**

Bohumil Hrabak escribió la fábula *Una soledad demasiado ruidosa* cuando sus escritos estaban prohibidos en Checoslovaquia. En ella el personaje principal es un amante de los libros obligado a trabajar en una prensa destructora de libros. En las primeras páginas define su amor por ellos apuntando que la lectura produce “un gozo indescriptible y un dolor más grande aún”<sup>46</sup>. En la novela se descubre la vulnerabilidad de los libros y el afán por exiliarlos fuera de la vida que se configuran con trazos inhumanos.

Se revela en esta novela hasta qué punto el libro es siempre una grieta en el edificio ideológico de la vida personal y de las sociedades. Una grieta por donde se cuelan los espacios marginados, las vidas eliminadas, los sentimientos prohibidos, las realidades temidas destruyendo la cerrazón ideológica de sistemas de vida homogeneizados en los que nos encerramos estrechando la vida. El libro da espacio de ciudadanía incluso a lo que no lo tiene en la realidad ordenada y ya definida y, a la vez, obliga a mirar de frente la alteridad del mundo y del otro que se presenta siempre ante mí como un inadapado porque no se somete a mi mundo ya hecho<sup>47</sup>.

---

ciertas lecturas parecen no permitirlo, las que comentaba Kafka que son las que hay que leer, o aquellas “cuyo contagio -dice Berardinelli- sugiere o impone cambiar de vida, escapar del mundo o transformar radicalmente la sociedad. Quien haya sido (o continúe siendo) cristiano o marxista sabe bien de lo que hablo: el Nuevo Testamento y las obras de Marx y Engels no absuelven a quienes, después de haberlas leído, siguen siendo iguales,” *Leer es un riesgo*, 25-26.

<sup>45</sup> Utilizando un apunte de Kafka que afirma: “No es necesario que salgas de casa. Quédate junto a tu mesa y escucha atentamente. No escuches siquiera, espera solo. No esperes siquiera, quédate en silencio solo. El mundo se te ofrecerá para que le quites la máscara, no tendrás más remedio, extático se retorcerá ante ti”. José Andrés Rojo afirma: “Así ocurre con los libros. Ahí estamos y, de pronto, entra el mundo para retorcerse ante nosotros,” *Las diabluras del lápiz. Elogio de la lectura* (Pre-textos,2019), 22.

<sup>46</sup> B. Hrabal, *Una soledad demasiado ruidosa* (Galaxia Gutenberg, 2015), 8.

<sup>47</sup> Ambos aspectos quedan magistralmente expresados en la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37).

Por eso, la lectura ofrece el gozo de encontrar mundos en los que el ser humano puede reconocerse como parte de la realidad cuando está excluido de ella, aunque sea solo por unos breves momentos de ficción que, sin embargo, dicen su verdad real: es, sin posibilidad de negación, parte de la historia. Y, a la vez, provoca intranquilidad en el que intenta sostener a toda costa los mundos propios ya definidos, porque rompen la muralla argumental que protegen la propia existencia autoenclaustrada. Los libros son así como profetas de consuelo y juicio, que destruyen y construyen con sus palabras. No es extraño, por tanto, que sean objeto de veneración y de persecución como los mismos profetas.

En esta doble perspectiva podría leerse la historia de las bibliotecas. Baste pensar en la biblioteca de Alejandría o las de los monasterios medievales, en las de bibliotecas públicas o en las que algunos lectores van construyendo (Montaigne, Eco) para percibir la primera perspectiva. Este amor por los libros presupone habitualmente una actitud abierta y acogedora de un mundo siempre desbordante, y tiene como uno de sus muy importantes presupuestos que es necesario tener en cuenta también lo que no se sabe y que lo que se sabe se sabe solo en cierto sentido<sup>48</sup>. Sin embargo, es fácil ver cómo las mismas bibliotecas son purgadas por los poderes sociales y políticos o por el propio miedo, de forma que se convierten en elementos defensivos de un *status quo* que elimina lo distinto<sup>49</sup>. Se trata entonces de bibliotecas tristes que no son sino habitaciones de espejos que no deja entrar la luz de la vida en su amplitud y mantiene a los hombres que las habitan siempre en penumbra y siempre en guerra. En este caso, por grandes que sean las bibliotecas y cuidados que estén los libros, el amor no se dirige hacia ellos ni hacia la vida que los habita, sino hacia las propias ideas glorificadas y vestidas por la solemnidad de la encuadernación<sup>50</sup>. Igualmente, es necesario advertir que esto puede

<sup>48</sup> “El exceso de información dificulta el razonamiento y el exceso de reflexión la sabiduría. Hay que escoger. Ninguna posesión supera la renuncia eficaz. Bien entendida la cultura es un instrumento para ignorar con conocimiento de causa,” J. Villoro, *No soy un robot*, 245.

<sup>49</sup> En el contexto de la segunda guerra mundial, podría decirse que “las bibliotecas nunca fueron meras víctimas inocentes de la guerra: se convirtieron en armas. En un tiempo de guerra total, su papel fue más relevante que nunca,” A. Pettegree - A. der Weduwen, *Bibliotecas*, 415-420, 420. El personaje de *El nombre de la rosa* Jorge de Burgos es uno de los exponentes literarios prototípicos de esta actitud.

<sup>50</sup> Frente a esta forma de devoción por los libros que realmente los niega, es ya un tópico citar la carta de Frank Kafka a su amigo Max Brod donde le comenta: “En general, creo que solo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen [...] Los libros que nos hacen felices podríamos escribirlos nosotros mismos no nos quedara otro remedio. Lo que necesitamos son libros que nos golpeen como una



producirse por una reducción ideológica en la interpretación del libro que no se lee dejándose interpelar por lo que dice, sino que se utiliza para afirmar o rechazar lo que se busca de antemano<sup>51</sup>.

Estas últimas posibilidades nos llevan a considerar la otra perspectiva de relación con los libros, el odio contra ellos. La historia de destrucción del texto escrito y de los libros es antigua. Es ejemplar la historia del rollo que Baruc, en nombre de Jeremías, lee ante el pueblo para abrirle los ojos, cuando es leído ante el rey:

“El rey se había instalado en la residencia de invierno y tenía delante un brasero encendido. Cada vez que Jehudí leía tres o cuatro columnas del rollo, el rey cortaba la parte ya leída con el cortaplumas del canciller y la arrojaba al brasero, hasta que todo el rollo quedó consumido por el fuego. Pero ni el rey ni los ministros que escucharon todo aquello se asustaron o se rasgaron las vestiduras. Elnatán, Delaías y Guemarías suplicaron al rey que no quemara el rollo, pero no les hizo caso” (Jer 36, 22-25)

No es este un hecho aislado. La historia de persecución y destrucción de las palabras escritas es larga, porque las palabras, incluso dichas sin pretensión oracular, guardadas como fuente de sabiduría y vida van a ser perseguidas por aquellos que prefieren el orden, su orden, a la verdad. Triste historia esta, que tiene como símbolo la destrucción de la biblioteca de Alejandría, pero que se ha desarrollado de manera devastadora en el siglo XX de manos de totalitarismos de todos los colores<sup>52</sup>. De ella dan cuenta múltiples novelas, entre ellas valga citar *Fahrenheit 451*, del escritor

---

desgracia dolorosa, como la muerte de alguien a quien queríamos más a que a nosotros mismos [...] Un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado de nuestro interior”, citado por Mikita Brottman, *Contra la lectura*, 146. Poco antes esta autora había confesado: “A toro pasado, me doy cuenta de que aquellos libros que más han significado para mí a lo largo de mi vida han sido los que en su primera lectura me resultaron perturbadores o dolorosos” (143).

<sup>51</sup> El caso máximo es la utilización idolátrica de los textos revelados. Mèlich es especialmente claro al describir y crítico al valorar esta deriva: “A diferencia de la escritura de inspiración divina o revelada, la sagrada sería aquella que, *de facto*, no tolera la lectura, porque supuestamente está libre de interpretación [...] Un texto sagrado no está escrito para ser leído, sino para ser obedecido [...] No admite excepciones, ni incertidumbres, ni vacilaciones, por eso no es amigo de la lectura [...] Este es el peligro del absoluto monoteísta, el peligro de que la escritura termine expresando la voluntad de un dios convertido en ídolo, un ídolo sediento de sangre que dicta una ley que obliga a los fieles a ejercer la violencia y la crueldad en su nombre” *La sabiduría de lo incierto*, 62-64.

<sup>52</sup> Cf. A. Pettegree - A. der Weduwen, *Bibliotecas*, 415-447: “Sobrevivir al s. XX”.

estadounidense Ray Bradbury, que describe una sociedad donde están prohibidos los libros y el cuerpo de bomberos tiene como misión quemarlos.

Curiosamente, los libros llamados a abrir posibilidades a la vida pueden ser utilizados como lugar de solidificación de la misma, pues la cuestión no es el libro mismo (aunque aquí habría que hacer matices), sino la forma de utilizarlo. Por eso, el que hemos llamado *Libro de los libros*, que tiene como objeto provocar de continuo historias con su historia, abrir el mundo a posibilidades siempre mayores y a una humanidad más honda y reconciliada en su diversidad, ha podido y puede ser también utilizado totalitariamente por un fanatismo homogeneizador. Las cicatrices de esta acción sobre el texto se dejan ver en la intolerancia de muchos a abrir sus páginas por considerarlas represoras de vida.

Podría hacerse una historia de los libros y su utilización, y percibir cómo se han leído de dos formas, si no opuestas, al menos no coincidentes. Una que hace de los libros espacios de instrucción y transmisión de ideas, siendo indiferente si lo hacen en una forma académica o literaria. La otra hace de los libros lugar de diálogo y creación de identidades nuevas<sup>53</sup>. Esta última ha adquirido preponderancia en la cultura actual con la centralidad del lector, y tiene en Roland Barthes uno de sus referentes más claros. Podría incluso decirse que esta segunda forma es siempre, en algún sentido, revolucionaria pues, como ya hemos dicho, aparece siempre como una pregunta crítica sobre lo sabido, lo realizado, lo estandarizado<sup>54</sup>. Por otra parte, es así como se debe leer la Escritura: leer para revolucionar la vida, para convertirla.

Quizá sean necesarias las dos formas pues solo se avanza recreando y ampliando lo dado, pero a la vez esto solo se puede hacer desde arraigos que ofrezcan una mínima confianza<sup>55</sup>. La fascinación por lo dicho en su

---

<sup>53</sup> Sobre las distintos modelos de comprender la lectura puede verse E. M. Ramírez Leyva, “¿Qué es leer? ¿Qué es la lectura?,” *Investigación bibliotecológica* 47 (2009), 161-188. Cf. en el contexto de la lectura bíblica los breves y significativos párrafos de Antonio Spadaro en *La página que ilumina: Scrittura creativa come esercizio spirituale* (Edizioni Ares 2024), 31-33: “El texto como presencia y como mensaje”.

<sup>54</sup> Es necesario hacer referencia en este tema a las sugerentes y comprometidas propuestas de Paulo Freire en torno a los años 70. Cf. P. Freire, *La importancia de leer y el proceso de liberación* (Siglo veintiuno, 2004).

<sup>55</sup> Siguiendo la puerta abierta por Barthes, afirma Tolentino Mendonça: “Leer es perder el texto y el sentido idealizado para acceder al texto tal y como se da a la lectura, en el dinamismo revelador que le es propio. Sin esto no hay ni lectura ni interpretación”. Más adelante completa esta idea citando a Umberto Eco: “Es indispensable escuchar el texto, comprenderlo y respetarlo en las directivas que de él emanan. Después de todo, la verdad es que «incluso si el mundo fuese un

materialidad o la fascinación por la interpretación, que absolutizan cualquiera de los dos espacios, derivan hacia un autoritarismo que solidifica la vida o hacia el relativismo que la deja reducida poco menos que a una realidad aparente.

Entre los libros y ejemplificando su función dinamizadora de la vida, la Escritura tiene como vocación, por su fundamental forma narrativa, el convertirse en un espacio de referencia ofreciendo historias en movimiento que no se cierran en sí mismas, sino que se relacionan en un canon que tiene como centro una persona frente a la cual la vida debe definirse de forma siempre nueva y común. La Biblia invita a una “lectura infinita” de la vida sin aislar, por otra parte, cada lectura como un fragmento solitario, ensimismado y violento de la vida humana. René Girard ha subrayado muy bien esta cualidad de la Biblia manifestando la dimensión crítica que posee contra toda homogeneización sacrificial al revelar de continuo las víctimas de esta práctica<sup>56</sup>. Analizando la nueva valoración de la Biblia como referente cultural del canon occidental y apreciando esta valoración, la exegeta Anne-Marie Pelletier ponía en guardia hace unos años frente al peligro que supone que la Escritura sea asimilada culturalmente y, de esta manera, desactivada, de forma que pierda su fuerza provocativa y su llamada a conversión, es decir, su capacidad de desvelar las mentiras de nuestro propio orden social. Terminaba su reflexión con una indicación sobre la forma de lectura que debía conservar la comunidad eclesial. Decía así:

“Esta situación apunta a una responsabilidad nueva de los cristianos: con vigilancia, deben mantener la conciencia de que la ganancia de una lectura de la Biblia es proporcional a lo que el lector consiente en exponer de sí mismo, a los riesgos que acepta correr haciéndose vulnerable, al menos un poco, a las palabras que encontrará [...] En una sociedad laica que, está dispuesta a hacer sitio a lo religioso, es bueno para todos que los cristianos recuerden que este texto es peligroso [...] para que al frecuentar sus páginas sea posible continuar ardiendo en esta palabra incandescente”<sup>57</sup>.

---

laberinto, no podríamos atravesarlo sin respetar ciertas rutas obligatorias»,” *La lettura infinita*, 13.65.

<sup>56</sup> Cf. R. Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago* (Anagrama, 2006), 141-160: “Singularidad de la Biblia” y 161-178: “Singularidad de los evangelios”.

<sup>57</sup> A.-M. Pelletier, “Pour que la Bible reste un livre dangereux,” *Études* 397/10 (2002): 335-345, 345. Una de las muchas películas pos-apocalípticas de la actualidad tiene como tema central esto mismo. Se trata de *El libro de Eli* (2010), con guion de Gary Whitta, donde el único libro que le interesa realmente encontrar y destruir al autócrata que domina el mundo atravesado por Eli es la Biblia. Este ha descubierto la vocación de protegerlo a lo que dedica su vida,

Esto que decimos de la Biblia podría afirmarse de la lectura en sí misma, pues, como afirma Antonio Spadaro:

“La lectura bíblica, en su desarrollo histórico ofrece un modelo de lectura de la obra literaria que, a nuestro parecer, contiene las principales cuestiones nodales de las diversas teorías de la lectura”<sup>58</sup>.

### La lectura en la universidad

Dado el nivel de funcionalización social que ha adquirido la universidad actual, en la que se ha optado por la vinculación directa del saber con la técnica, es decir, con la necesidad de responder a la demanda social de recursos, sin demasiada crítica, la lectura ha derivado igualmente hacia la funcionalización. Las bibliotecas van siendo abandonadas y están siendo convertidas en salas de estudio y de trabajos en grupo (?) que van diluyendo el mismo ambiente que debería poseer una biblioteca<sup>59</sup>.

Frente a esta deriva, algunos profesores e intelectuales están levantando la voz casi en el desierto para recuperar la unión entre saber y sabiduría, sin por ello oponerse a la formación y lectura técnica<sup>60</sup>. Levantan la voz para denunciar que la situación actual hace de la Universidad un súbdito del sistema social y no un espacio crítico del mismo, y que si los libros no ayudan a configurar la vida de los estudiantes y estos solo se

---

mientras lo va leyendo y memorizando. Al final el valor del libro se muestra en que es un texto que llama a una forma de vida *nueva y vivificadora*, un texto que busca encarnación.

<sup>58</sup> A. Spadaro, *La pagina che illumina*, 29.

<sup>59</sup> “Una biblioteca puede tener magníficas instalaciones y servicios, una gran plantilla de profesionales y una espléndida y actualizada colección. Pero, si los usuarios no dan vida con su presencia, la biblioteca será como un cementerio, un mausoleo, un refugio de silencio y conservadurismo. Los ciudadanos, los usuarios, son la esencia de la biblioteca pública,” J. Sánchez, “Las Bibliotecas, plazas públicas abiertas y creadoras de nuevas comunidades,” *Boletín de la ASOCIACIÓN ANDALUZA DE BIBLIOTECARIOS* 108 (2014): 17-43, 25, <https://www.aab.es/app/download/22913544/Bibliotecas-Bolet%20n-108.pdf>.

<sup>60</sup> Entre ellos, ha sido especialmente relevante la figura de Nuccio Ordine. Valga citar su Lección doctoral “Escuela y Universidad para una humanidad más humana”, al recibir el doctorado honoris causa por la Universidad Comillas el 31 de marzo de 2022, <https://files.griddo.comillas.edu/honoris-causa-nuccio-ordine.pdf>; Cf. también *La inutilidad de lo inútil. Manifiesto* (Barcelona, 2013), 77-111: “La universidad empresa y los estudiantes clientes”; e igualmente la entrevista-conferencia “Elogio de la lectura crítica (e inútil) de los relatos,” CCCB, Barcelona, marzo de 2019, <https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/nuccio-ordine/231312>.

nutren de las ofertas y las demandas sociales quedarán presos de los intereses ocultos de los poderosos de nuestra sociedad, y perderán gran parte de su humanidad, seguramente la mejor parte. Juan Manuel de Prada afirmaba en una reciente entrevista:

“Renunciar a las potencialidades que nos brinda la lectura es entregar parte de nuestra humanidad. Los jóvenes, que son almas sensibles y muy rebeldes, deben ser muy conscientes de que cuando se les invita a llevar una vida sin libros, se les está invitando a llevar una vida de animales, se les está arrebatando su humanidad”<sup>61</sup>.

La Universidad tiene la misión de ofrecer saber y técnica, primando la sabiduría, pues solo así puede generar una técnica humana y humanizadora. En la perspectiva tecnocrática la Universidad es siempre pensada como lugar de respuesta y resolución de demandas, mientras que en una perspectiva humanista debe situarse como un espacio no solo de resolución, sino también de comprensión de las demandas analizándolas críticamente de forma que se sitúen a la sombra de la búsqueda de un mundo con sentido y de una existencia razonable y común<sup>62</sup>. Esto es lo que ofrece la lectura dentro de ella. “La lectura de los clásicos, de los textos venerables -dice Mèlich- no aporta conocimiento sino sabiduría, porque no nos dicen cómo tenemos que dirigir nuestras vidas, sino todo lo contrario, porque su lectura es productora de interrogantes, de dudas y de inquietudes”<sup>63</sup>; “desvelan sin ambages -se comenta en la presentación del libro- la precariedad, la ambigüedad y la inasible fragilidad de nuestra existencia”. Y esto es, hoy por hoy, fundamental en una sociedad cuya cultura tiene como presupuestos de vida el individualismo superficial y la omnipotencia depredadora. Quizá la técnica deba acoger esta situación como principio hermenéutico de acción, no solo para intentar resolverla,

---

<sup>61</sup> “Juan Manuel de Prada: *Renunciar a la lectura es entregar parte de nuestra humanidad*,” Entrevista por Enrique Soler, *La Opinión de Murcia*, 29 de octubre, 2023. Por su parte, Vargas Llosa mostraba su convencimiento “de que, sin literatura, o en la que la literatura ha sido relegada [...] a los márgenes de la vida social y convertida poco menos que en un culto sectario, está condenada a barbarizarse espiritualmente y a comprometer su libertad,” *La verdad de las mentiras*, 405. Y José Antonio Marina y María de La Válgoma sentenciaban: “Ser analfabeto es un modo de esclavitud, de parálisis o de ceguera,” *La magia de leer* (Plaza y Janés, 2005) 22.

<sup>62</sup> “El hombre vive en la materia, y necesita la ciencia para comprenderla y la técnica para transformarla; pero vive también entre representaciones y para comprenderse a sí mismo y a los demás necesita historias que le pongan en contacto con lo más oculto y postergado de sí mismo,” G. Martín Garzo, *Elogio de la fragilidad*, 96.

<sup>63</sup> J.-C. Mèlich, *La sabiduría de lo incierto*, 33.

sino para reconocerse limitada y no prometer lo que nunca podrá dar<sup>64</sup>. Para esto, la lectura es fundamental, sea uno profesor de química o informática, de genética o de arquitectura, o incluso de fisioterapia, pues como afirma Jacinto Choza:

“El arte ha abierto cauces para *vivir lúcidamente lo que oscuramente se vivenciaba*; ha posibilitado el paso de la monotonía o de la opacidad a la novedad radiante. El influjo de la literatura en la configuración de las actividades humanas es este precisamente: hacerlas más conscientes, iluminarlas, simplificarlas y darles cauces para su desarrollo”<sup>65</sup>.

Por otra parte, es esta condición frágil y amenazada, relacional y mortal, que tienden a ocultar los cantos de sirena de nuestra sociedad tecnocrática y narcisista, la que saca a la luz no solo los ensayos y la novela, sino la misma Biblia, el *Libro de los libros*. Me pregunto si no solo conocer algo de la Biblia, sino arriesgarse a leerla, a bien leerla, no sería un componente esencial de los profesores de una Universidad como la nuestra, incluso si en ella no todos somos confesionalmente creyentes. Si no nos daría un plus de humanidad y sabiduría entrar en ese mundo amplio que se encuentra entre la dulzura del Cantar de los cantares y la agonía del Calvario; entre el escepticismo del Eclesiastés y la confianza de la pobre viuda que ofrece todo lo que tiene para que Dios sea Dios; entre las quejas agónicas de Job y la generosidad del samaritano que sabe interrumpir su camino para curar las heridas de los maltratados y olvidados. Quizá nos ayude a dejar atrás el yo absoluto de nuestras afirmaciones también académicas para acoger el nosotros de una historia común que lleva inscritas sus promesas en el alma humana por más que esté marcada por el dolor y la muerte.

## Epílogo

Me gustaría terminar como empecé, comentando otro poema de Basilio Sánchez. Dice así:

*En el jardín de casa  
cuando llega la tarde  
casi todos los días me siento con un libro  
como el que se detiene sobre un puente  
a contemplar el agua*<sup>66</sup>.

<sup>64</sup> Cf. el poema de Johann Wolfgang Goethe, El aprendiz de brujo.

<sup>65</sup> “Influjo de la literatura en las actitudes humanas”, en J. Choza, *La supresión del pudor y otros ensayos* (EUNSA 1980), 59-76, 67.

<sup>66</sup> B. Sánchez, *El baile de los pájaros*, 50.

Contemplar el agua desde un puente es verla fluir, y en esa misma contemplación comprender que todo pasa, que nada se detiene, y que este fluir es interior a la misma realidad que está ahí como abocada a irse siempre, a no poder sostenerse en su identidad, como afirmaba Heráclito.

Pero, el lector que describe el poema contempla, ve y piensa, acompañado de un amigo que parece haberse asomado otras veces a ese mismo río y su fluir. Un amigo, el libro, que se atreve a comentarle sus reflexiones calladamente, sin imponer nada. El libro que ayuda a mirar y comprender lo que parece evidente, inmediato, pero que no lo es tanto, porque lo inmediato solo se descubre con el tiempo y la compañía.

Esta contemplación del fluir del río sucede al caer la tarde, desde ese puente que es el jardín de casa, separado por un momento de la vorágine de la vida, porque solo así se percibe en lo que es, volviéndose sobre ella y mirándola de frente sin dejarse arrastrar. ¿Cómo se podría pensar la corriente si te arrastra en su interior ahogándote en su fragor? Es necesario pensarnos desde fuera. Y ese fuera es, en el poema, el libro. El libro como espacio de recogimiento, como lugar donde nos adentramos desde otros en nuestra propia vida. El libro como tiempo paciente para comprender lo vivido de la mano de palabras y vidas cercanas o lejanas, reales o ficticias. El libro como espacio de reconocimiento de las aventuras que estamos viviendo o podríamos vivir, de los sufrimientos que hemos de acoger y que hemos de remediar, de los gozos que nos distraen y las alegrías que nos visitan y la muerte que nos espera.

Pero quizá pudiéramos llevar más lejos el poema, pues este momento crepuscular es el lugar donde releen la historia los de Emaús (Lc 24, 13-32), y es en este espacio silencioso de camino reflexivo y atento donde otro lee con ellos la vida en su estrechez máxima y es allí donde su angosto paisaje puede encontrar una promesa que, sin explicar apenas nada, haga renacer la esperanza y dé motivos a la vida, porque las palabras encontradas son un cuerpo de eterna compañía.

Esta es la razón por la que muchas veces en el aula, con mis alumnos delante, y también en los encuentros de presbíteros, con ellos al lado, me gustaría gritar parafraseando el título de una famosa película: “Leed, malditos, leed”. Sin embargo, como afirma Daniel Pennac, “el verbo leer no soporta el imperativo. Aversión que comparte con otros verbos: el verbo amar... el verbo soñar”<sup>67</sup>. Y esta afirmación no parece sino una expresión de la forma de darse a conocer y a soñar, a convivir y a amar de Dios mismo, cuando extiende su brazo y, para encontrarnos y darnos su vida, deja su palabra atractiva y vulnerable a nuestro lado con una invitación susurrada:

---

<sup>67</sup> *Como una novela* (Anagrama, 1993), 11.

“Toma, lee”. Esta es una de las últimas recomendaciones del Papa Francisco para la formación de los sacerdotes y de los agentes de pastoral<sup>68</sup>, y, por extensión, para todos los formadores y líderes sociales, entre ellos nosotros, los académicos.

---

<sup>68</sup> *Carta del Santo Padre Francisco sobre el papel de la literatura en la formación* (17 de Julio de 2024).